



Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

IDH | Instituto del Desarrollo Humano - Área Política

Documento

17

El campo de lo posible

Leonardo Eiff

Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

Documento
17

El campo de lo posible

Leonardo Eiff

El campo de lo posible3

Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

Documento

17

El campo de lo posible

Leonardo Eiff

“No hay que escribir sobre Tolstoi, sino sobre *Guerra y paz*”.
Viktor Shklovski, *La tercera fábrica*

¿Hay vicisitud en la narración o certeza granítica? No es fácil, o al menos la respuesta no puede ser redonda. Los abundantes signos de exclamación, que indican macizas convicciones, advertencias o anticipaciones, se enmarañan con interrogaciones cruciales, que rozan el cogollo del ser político y el ser social. El registro coloquial admite ambos movimientos: cierta pedantería, el yo tan ancho como el mundo, y las tribulaciones de quien ausculta las misteriosas razones que empujan a una sociedad a volverse hostil con los gobiernos que objetivamente la favorecen. *Sinceramente* es respuesta y llamado.

Me interesan esos movimientos, o me sugestióna más la plasmación material del objeto libro –ese salto de la oralidad a la escritura: qué ilumina, qué ensombrece– que el cotorreo sobre su candidatura o la estatura de su liderazgo.

Sus reflexiones brotan desde un terreno trillado por otros. Hacen algo con lo que los otros hicieron de ella. La paráfrasis sartreana reenvía al malditismo, al hecho maldito del país burgués. La autora parece aceptar esa cruz: la yegua en el gobierno. Pero no tanto. Entre la reconfiguración provechosa, la resignación y la indignación (el listado de agravios sopesa esos sentidos), *Sinceramente* coquetea con el fuera de lugar: mujer con poder, peronista, señora en tacones y pintada como una puerta que asume la defensa de los nadies, afirma aludiendo a Galeano (burguesa maldita que apela al burgués maldito antes que al lúcido político que tradujo al idioma de los argentinos el sentido de la frase sartreana). Su ser irradia pasiones, tristes y alegres. Pero la indignación, el malditismo nunca del todo interiorizado (Sartre sostuvo que la *sinceridad* era imposible, en verdad de *mala fe*, porque no podemos coincidir con nosotros mismos), fuerza la narración política a deslizarse a la autodefensa: refutar calumnias, enderezar tergiversaciones, denunciar infamias, apelar.

“Soy un hombre armado con un bolígrafo”, supo decir Trotsky. El organizador del Ejército Rojo llegó a definirse por esa solitaria arma. No es el caso de Cristina, aunque su autobiografía se tornó indisociable del alegato. Como Sarmiento, por otra parte. *Sinceramente* es un libro extrañamente sarmientino. El *Facundo* fue, según su autor, ensayo y revelación, hablilla popular, y especie de carta-bomba para el tirano, quien lo lee admirado en sus aposentos palermitanos. El de nuestra autora es éxito de ventas, trampolín de campaña, generador de entusiasmo militante, y, también, perturba, según sus detractores, cotizaciones varias. Son textos que desbordan el papel. Devienen mitos o actos políticos. En sus páginas continúan la lucha política, escuchamos el retintín de las espadas, que cinceló sus vidas.

Una iluminación de la experiencia, dijo Cristina en la presentación del libro en la Feria, ironizando, como corresponde a la mujer de acción, e incomoda a los que sostienen que la teoría es una práctica, respecto a los Congresos de Filosofía. No es, entonces, elucubración conceptual, tampoco catecismo político -un libro rojo-, siquiera memorias, puesto que estas últimas las escriben quienes concluyeron su papel en la historia o quienes memoran una épica. La autora añora la épica, a veces busca ese tono, pero no es posible. Los rigores de la autodefensa y su revés; porque tanto el yo acuso como la historia en curso lo impiden. Entonces: ¿qué es esto? Impulso para la acción. La escritura como rito de pasaje. No es tentativa de fidelizar tropa propia, como sostienen aquellos que solo atienden al barómetro de las encuestas, las facciones del rompecabezas político nacional. Es un llamado, por momentos desesperado, y como tal: utópico. Que la política logre conciliar las pasiones subjetivas con los intereses objetivos. La veta del impulso reside en la mediación de la escritura. La escritura puede ser un acto (*ético*, se entusiasma Roque Farran), pero a condición de tramar un campo propio que, por su densidad, torna imposible la inmediatez. Así, los mejores pasajes son los más reflexivos, vueltos sobre sí, alejados de la inmediatez partisana. Crean un espacio complejo, menos desgrietado que rugoso; balbuceo de la lengua, es decir: la escritura política, o la política escrita. Como dije, interesa el desplazamiento de la política a la autoría. Vibración que deja cabos sueltos o escenas literariamente logradas. Por ejemplo, las respuestas flamígeras sobre las acusaciones de corrupción no ofrecen flancos, salvo cuando la autora, de modo inesperado, advierte que Néstor siempre juzgó crucial la holgura económica para practicar la política de forma consistente. No hay corrupción allí, pero sí una sugerente atención al correlato entre acumulación de capital y vocación de poder. También el hilarante relato del *face to face* con Magnetto en Olivos tras la batalla por las retenciones: la conversa no lograba comenzar, se tensaba, porque Cleo (diminutivo de Cleopatra, admirada reina), la caniche mini toy, sentada en el regazo de la Presidenta, no paraba de gruñir y chumbar al maléfico.

En cambio, cuando la inmediatez impone su tiranía se vislumbra un programa de gobierno, que, con todo, procurará hacer lo mismo con mejor suerte. Cuando el poder viaje de nuevo de Tacuarí a Balcarce, habrá retenciones segmentadas (aprendizaje del conflicto de 2008), coalición mercado-internista, acuerdos sociales, ciudadanía responsable, desarrollismos varios, y para los que preguntan, por ejemplo, “que haríamos con Vaca muerta si ganáramos las elecciones. Ridículo, ya lo hicimos, la recuperamos, convocamos a inversores internacionales y celebramos importantes convenios con ellos” (p. 309). No se confundan *yuppies* de Wall Street e izquierdistas abstractos: Néstor y Cristina, como Sarmiento y Jauretche, ponderar la pujanza capitalista que proviene del Norte (alusión a Trump en la Feria). “Un país de la hostia” (p. 103), se codeaba la pareja mientras deambulaba por la *Fifth Avenue*, la ciudad y el país preferido para vacacionar. El problema no son las grandes empresas capitalistas -se palpa en la decisión de publicar el libro en una multi para lograr un tiraje acorde a su dimensión política-, sino, en la estela sarmientino-jaurechiana, el olor a bosta y el colonialismo pedagógico. Por eso, la cuestión con Macri no es de clase *sensu stricto*. “Macri podría haber sido un capitalista exitoso, disciplinar al sector agro exportador con retenciones escalonadas y diferenciadas, pero eligió ser un carancho del capital financiero” (p. 333). En fin, no quiero tropezar con lo obvio, pero el camino es pedregoso puesto que para la autora, de algún modo, como para cierta zona de la koiné marxista dispuesta a interrogar el derrotero soviético, la estructura funcionó; falló, hubo un desacople fatal, la superestructura. En efecto, *Sinceramente* vuelve una y otra vez a interrogar el sistema de creencias sociales, plagado de discursos imaginarios y servidumbres voluntarias, que torpedean la democracia y la autonomía nacional. No dice enajenación, dice *dominación cultural*. Se perdió la batalla cultural, a diferencia de lo que creyó no solo Beatriz Sarlo sino también Néstor alrededor del Bicentenario. La autora lo atribuye, en sus momentos menos logrados, a la preponderancia maléfica de los medios de comunicación hegemónicos; sin embargo, en ciertos pasajes se arrima al nido de víboras de la subjetividad inmanente a *la sociedad del espectáculo*, de la que ella y *nosotres todes* somos parte constitutiva.

Ahora bien, asentado en dicha dimensión destaco los planos reflexivos de la familia y el feminismo. Allí se abre una brecha, que acaso, ahora sí, nos haga trastabillar.

Como Antígona, Cristina responde a la Ley del *oikos*. Se demora en su defensa: la familia es reducto de verdad. Nada de aparato ideológico; por el contrario, amor que arroja y protege de la intemperie política (los recuerdos de Néstor y su penosa ausencia: “no tengo con quien hablar sinceramente”, son conmove-

dores). Una familia normal, por otra parte. Néstor era muy familiar, recuerda Cristina, “parecíamos *los Campanelli*”. Hubo análisis en torno a la semiosis social que brotaba de ese afamado programa televisivo. Leamos este largo pasaje:

“Como un espejo invertido donde se destruye a los enemigos políticos y al mismo tiempo se proyectan las propias vidas y miserias, para a partir de allí construir imágenes de ficción. ¿De qué otra forma puede entenderse el ataque sobre nuestro único matrimonio para ambos -35 años- y sobre nuestros dos únicos hijos, que siempre estuvieron junto a nosotros y con los que formamos una familia en serio que no tenía la necesidad de exhibirse para demostrar nada? ¿Cómo no contraponerlo al intento del marketing político de la alianza Cambiemos, con la ayuda imprescindible de los medios hegemónicos, de construir la imagen de “familia perfecta” de Mauricio Macri y su actual esposa, pese a que para ambos es el tercer matrimonio oficial, sin contabilizar otras apariciones en revistas del corazón? ¿Cómo no compararlo con la única aparición en el rol de hija -ocultando al resto- de la pequeña y adorable Antonia en la huerta “familiar” de Olivos cultivada por... el INTA, cual la familia Ingalls, o cuidando conejos en la versión argentina de la familia Kennedy?” (p. 127)

Juzgue usted, lector. Acoto, apenas, dos impresiones. Me recordó el pasaje de Marx denunciando a Luis Bonaparte, ese viejo ladino, de hijo ilegítimo, y en segundo lugar, deja pensando la apelación a *lo serio*: la familia en serio y el capitalismo en serio.

En fin, y para no ser menos urticantes, la cuestión del feminismo. Es decir, el oteo de la novedad que parece agrietar los polos políticos contrastantes. María Pia López ya escribió lo pertinente en *Página 12*. Veamos si puedo agregar otras impresiones. La autora encomia la militancia feminista de su hija Florencia, aunque la juzga un poco talibana. Protesta porque ninguna feminista se solidarizó con ella cuando la revista *Noticias* la exponía con tapas misóginas y lacerantes; advierte, la verdad que de modo asombroso, que la primera marcha de “Ni una menos”, Junio de 2015, fue opositora a su gobierno. Sostiene que el aborto es un tema complejo, no lo comparte, ni lo practicó jamás, pero acompañaría a su hija o en el futuro a sus nietas si se presentará el caso. Entonces: voto contra la hipocresía, y con el rabillo del ojo en las masivas movilizaciones de pibas. Sin embargo, cuando destaca, y ensalza, el vínculo combativo entre mujeres y pañuelos, escribe: “los pañuelos blancos, los pañuelos verdes, las madres, las hijas, las nietas y... también los pañuelos celestes” (p. 415) Los puntos suspensivos y el *también* se dirigen al feminismo kirchnerista. ¿Qué sugieren? ¿Contradicción secundaria? ¿La jefa cree posible arropar los pañuelos en la *complexio oppositurom* del peronismo? El peronismo es articulación de heterogeneidades, pero ¿qué ocurre cuando su plasticidad infinita procura incorporar a los que niegan derechos? Fisura de la razón populista, o al menos disparo en el corazón para aquellas que movilizan la batería conceptual de la heterogeneidad radical, la frontera interior y la cadena equivalencial. En efecto: el peronismo es menos razón populista que *complexio oppositurom* (ver la tentación plutarquiana respecto a Néstor y Jorge Bergoglio: se peleaban porque a los dos les quedaba chica la Argentina. Y porque eran hombres. Las mujeres no conciben ni disputan así el poder. Es el más auténtico pasaje feminista).

En suma, la escritura es concisa, los argumentos irrefutables, cuando se indaga el espejo invertido, la mascarada macrista. Planta bandera en la grieta, la asume sin ambages, como condición democrática. Así, plasma su superioridad política. De todas formas, la lucidez respecto a los polos clásicos del derrotero argentino ensombrece su marcha ante la heterogeneidad del feminismo, la politicidad de esos cuerpos disidentes. Cristina se incomoda ante cualquier politicidad que no brote de la propia. Es consustancial al liderazgo, se dirá. Sea. Pero para que la historia sea diferencia y no repetición, habrá que disponer los afectos de forma novedosa, ofrecer menos una política *all' usso nostro*, una perspectiva, que dejarse arrastrar por esos cuerpos en movimiento.